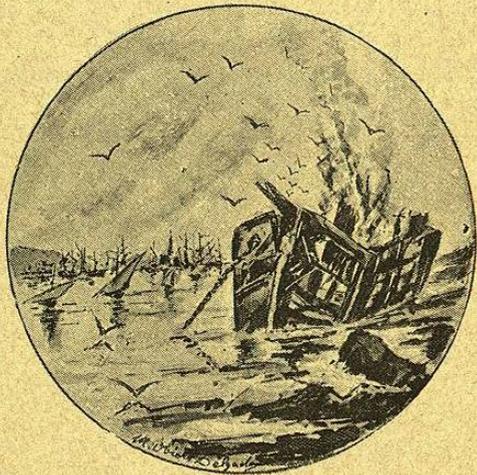
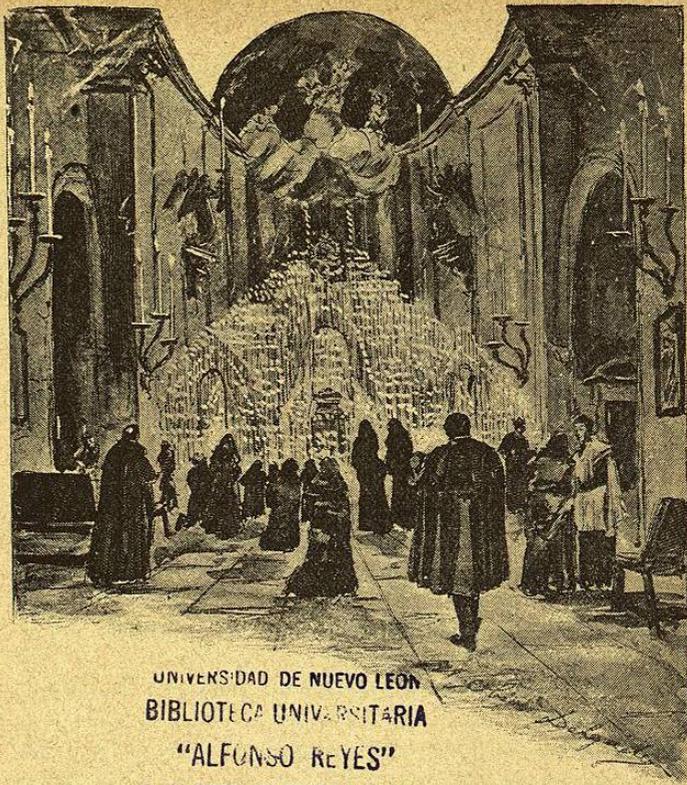


da. ¿Quiere usted algo para Manila? ¿Que le traiga á usted algún juguete de los que hacen los chinos? El domingo saldremos...

.....
.....
Dí al cocinero del *San Gregorio* unos cuantos puros. Tiene el cocinero del *San Gregorio* buena sombra y arte para narrar con viveza y colorido. Durante la narración, vi acudir varias veces las lágrimas á sus ojos azules, ya sanos del todo.



EL RIZO DEL NAZARENO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Foto. 1625 MONTERREY, MEXICO

A la hora en que él cruzó el pórtico del templo, lucían las estrellas con vivo centellear en el profundo azul, saturaba la primavera de tédidos y aromosos efluvios el ambiente, hallábanse las calles concurridas, rebosando animación, y los transeuntes cuchicheaban á media voz, fluctuando entre el recogimiento de las recientes plegarias y la expansión bulliciosa provocada por aquella blanda y halagüeña temperatura de Abril. Eran casi las once de la noche del Jueves Santo.

Entróse á buen paso mi héroe por la iglesia, en cuya nave se espesaba la atmósfera, impreg-

nada de partículas de cera é incienso. En el altar mayor ardían aún todas las luces del Monumento, simétricamente dispuestas, alternando con vasos henchidos de gayas y pomposas flores de papel, con ramos de hojarasca de plata, y allá arriba azulados bullones de tul formaban un dosel de nubes, de trecho en trecho cogido por angelitos vivarachos y de rosada carnación, con blancas alas en los hombros, alas impacientes y cortas, que parecían, entre el trémulo chisporroteo de los cirios, estremecerse preludiando el vuelo. Todo el gran frente del altar irradiaba y esplendía como una gloria, envuelto en áureo y caliente vapor, y animado por la continua y parpadeante vibración de las candelas, y las notas de fuerte colorido de los contrahechos ramilletes.

El avanzó hacia el luminoso foco, atraído por dos negras figuras femeniles,—esbeltas á despecho del largo manto que las recataba,—que de hinojos ante el presbiterio, sobresalían destacándose encima de aquel fondo de lumbre; mas en el propio instante las figuras se irguieron, hicieron profunda reverencia al altar, signáronse, y rápidas tomaron hacia la puertecilla de la sacristía, que á la derecha bostezaba, abriéndose como una boca oscura. Echó él inmediatamente tras las figuras, sin cuidarse de dar muestra alguna de respeto, cuando pasó frente al Sagrario. Colóse por la misma boca que se había tragado á sus perseguidas y se halló en la sacristía, mal alumbrada por mezuquino cabo de vela, que iba consumiéndose en una palmatoria puesta sobre la antigua cómoda de nogal, almacén de las vestiduras sacras. En aquel recinto semi-tenebroso no estaban las damas ya.

Empujó la puerta de salida de la sacristía, que daba á lóbrega y retirada callejuela, y con ojos perspicaces escrutó las sombras, sin que en la angostura del solitario pasadizo viese ondear ningún

traje, ni recortarse silueta alguna. Era evidente que se había perdido la pista de la res: las fugitivas tapadas, llegando á las calles principales, confundieronse, sin duda, entre el gentío. Tras un minuto de indecisión, mi protagonista, á quien me place llamar Diego, encogióse levemente de hombros, y desandó lo andado, pero con menos prisa ya, no sin que otorgase una mirada al lugar y objetos circunstantes. Vió las borrosas pinturas pendientes en los muros, el lavabo de cantería con su grifo, los ornatos dispersos aún sobre los bufetes, las crespas pellices que tendían sus brazos blancos, el haz de cirios nuevos abandonado en un rincón, los cajoncillos entreabiertos dejando asomar una punta de cingulo, todo el solemne desorden de la sacristía á última hora. Lentamente penetró de nuevo en la desierta iglesia, y al encararse con el altar, dobló el cuerpo en mecánica cortesía, sin que ningún murmullo de rezo exhalasen sus labios, y alzando la vista al Monumento, paróse á contemplar sus refulgentes líneas de luz. Llegaban éstas ya al término de su vida; un hombre, vuelto de espaldas á Diego, y encaramado en una escalerilla de mano, las mataba una á una, con ayuda de una luenga y flexible caña, y no transcurría un segundo sin que alguna de aquellas flamíferas pupilas se cerrase. Iban sumergiéndose en golfos de sombra los frescos angelotes, los follajes de oropel y briche, las bermejas rosas artificiales de los tiestos, las estrellas de talco sembradas por el fantástico pabellón de nubes. Buen rato se entretuvo Diego en ver apagarse las efímeras constelaciones del firmamento del altar, y cuando sólo quedaron diez ó doce astros luciendo en él, dió media vuelta, propuesto á abandonar el templo. Mas en mitad de la nave mudó instintivamente de rumbo, dirigiéndose á una de las dos capillas que hacían de brazos de la latina cruz

que el plano de la iglesia dibujaba. Era la capilla de la izquierda, fronteriza á aquella en cuyos muros encajaba la puerta de la sacristía.

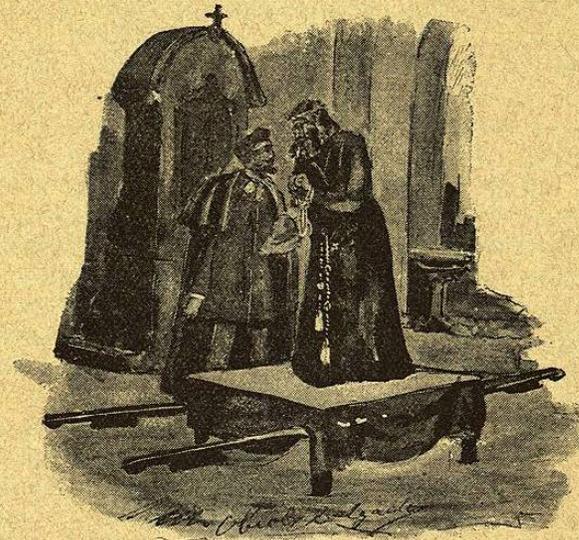
Cerraba la capilla de la izquierda labrada verja de hierro, abierta á la sazón, y en el fondo, delante del retablo lúgubrementemente cubierto de arriba abajo con paños de luto, descollaban expuestas en sus andas las imágenes que al día siguiente recorrerían las calles de la ciudad formando la dramática procesión de los *Pasos*. Fijó Diego la vista en ellas con sumo interés, recordando mediante una de las fugaces pero vivísimas reminiscencias, que impensadamente suelen retrotraernos á plena niñez, el pueril gozo con que en días muy lejanos ya, más lejanos aun en el espíritu que en el tiempo, trayéndole su madre al propio sitio, y elevándole en sus brazos, besaba él devotamente la orla bordada de la túnica de aquel mismo Nazareno. Absorto en tales remembranzas, consideraba Diego el aspecto de la capilla. Artista y observador, parecíale mirar y comprender ahora las imágenes de muy otro modo que lo hiciera allá en los albores de su infancia. Entonces eran para él símbolos del cielo, invocado en sus cándidas oraciones; habitantes de una comarca felicísima, hacia la cual él deseaba remontarse por un impulso de las alas de querubín que en su espalda prendía la inocencia. Hoy le inspiraban igual curiosidad que un objeto cualquiera de arte; advertía sus detalles mínimos, las desmenuzaba, las profanaba mentalmente tasándolas en su precio neto, según la destreza del escultor que las labrara ó los conocimientos en indumentaria de la costurera que cortó y dispuso los trajes. Sonrióse al distinguir en la túnica del Nazareno unas franjas de ornamentación de gusto renaciente, y al notar que la soldadesca de Pilatos vestía de medio cuerpo abajo á la usanza española del siglo xvi, mientras Be-

renice, la tradicional *Verónica*, lucía brial de joyante seda al estilo medio-évico. Anacronismos que entretuvieron á Diego no poco, dándole ocasión de reconstruir en su mente una por una las impresiones de la edad en que acudía á visitar la capilla con erudición más corta y alma más simple y amante. En aquel punto y hora se encontraba Diego en la iglesia, merced al más irreverente de cuantos azares existen; el azar de seguir los pasos á una bella mujer, largo tiempo rondada sin fruto, y cuyo desdén hizo de martillo que arrancase chispas al indiferente y helado corazón de Diego, bastando á empeñarle con ardiente ahinco en la demanda. De seguro que á no haber visto dirigirse á la gentil dama con su más familiar amiga,—ambas rebozadas en tupidos velos,—camino de la iglesia, donde se rezan las estaciones en aquella noche solemne; á no pensar que la hora, el tropel de gente arremolinada en el pórtico, brindaban ocasión favorable de poner con disimulo rendido billete en unas manos quizá en secreto ansiosas de recibirlo... no se estuviera él en tal sazón en la capilla, sino en su casa, leyendo á la clara luz del quinqué los diarios, ó respirando en el balcón la regalada brisa nocturna.

Mas como quiera que fuese, es lo cierto que había venido á dar á la capilla y con la oleada de recuerdos infantiles olvidárase ya del galanteo, concentrando su atención toda en las imágenes que suavemente le conducían á los linderos del pasado. Parecíale tomar otra vez posesión de comarcas de antiguo perdidas, y con ellas recobrar la sencillez de su pericia venturosa. Allí estaba el San Juan, el amado discípulo, de rostro lindo y femenino, con su túnica verde, su manto rojo y sus bucles castaños, que caen como lluvia de flores en derredor de las impúberes mejillas y de la ebúrnea garganta. Allí la Virgen-Madre, pálida y orlados

los ojos de dolor, tendidos los brazos, cruzadas con angustia las manos, arrastrando luengos lutos, trucidado por siete puñaladas el pecho. Allí la *Verónica* pía, de arrogante hermosura, cubierta de galas y preseas, recamado de oro el rico velo de blanquísimo tisú, turbado el semblante con lástima infinita, presentando el limpio pañuelo que ha de enjugar el sudor de la sacrosanta Faz. Allí los verdugos—que en otro tiempo hacían á Diego temblar de horror;—los sayones, de torvas cataduras y velludas fisonomías, de chatas frentes y cuerpos color de ocre, ostentando en la cabeza duro capacete ó aplastado turbante, desnudo el torso, señalando con violentas actitudes la recia musculatura de sus fornidos brazos, tirando de las sogas ó apretando amenazadores los iracundos puños. Allí, por último, el Nazareno, agobiado con el peso de su túnica de terciopelo obscuro, cuajada de palmas y cenefas de oro y sujeta por grueso cordón de anchos borlones, macilento y cadavérico el rostro, apenas visible entre los flotantes rizos de la cabellera y las espirales de la ondeada barba virgen; el Nazareno triste, de penetrantes ojos y cárdenos labios, de frente donde se hincan los abrojos de la corona, arrancando denegridas gotas de sangre. ¡Caso peregrino, en verdad! Conocía Diego al dedillo las reglas de la estética y las teorías artísticas; sabía de sobra que el arte condena severo las imágenes llamadas *de vestir*, sancionando las de bulto, donde el cincel puede revelar la armonía de las formas bajo el plegado de los paños. Y, no obstante, nunca maravillosa estatua, labrada en puro mármol pentélico por el artista más insigne de la antigua Grecia, le causara la honda impresión que aquella imagen, por la ignorante piedad ataviada, sin tomar en cuenta los preceptos del arte ni las investigaciones arqueológicas. Tal era la fuerza y viveza de sus sentimientos ante la efi-

gie, que creía notar en los labios el contacto de la rígida orla de la túnica; y movido de curiosidad, deseando probar si algo del hombre de antaño sobrevivía en el de hogaño, miró alrededor, no fuera que estuviese oculto en los rincones de



la capilla alguien que pudiese soltar la carcajada; y á falta de otro público, rióse él mismo al poner la boca en la fimbria del traje del Divino Nazareno. Alzóse, y á manera de disculpa interior, se alegó á sí propio que también los que en edad varonil vuelven al jardín donde infantes jugaron, gustan de esconderse en los bosquecillos como solían, por renovar el recuerdo de las alegres horas de ayer.

Hecho este soliloquio, resolvió Diego dejar definitivamente la capilla y la iglesia, que así lo pe-